

# **La ruta del agua, el vino, el vinagre y la sangre en el Evangelio de Juan**

---

*José Antonio Pacheco, s.j.*

En los Ejercicios Espirituales que nos dio Pedro Arriaga a los jesuitas de Nicaragua en enero de 2007 nos sugirió seguir la ruta del agua, del vino, el vinagre y la sangre en el Evangelio de Juan. Lo que sigue es el resultado de dicho recorrido.

En el prólogo se nos dice que quienes creen en la Palabra han sido hechos hijos(as) de Dios, esto es, no han nacido de la *sangre*, ni del deseo de la carne, ni del deseo del hombre sino que fueron engendrados(as) por Dios (1,12-13). Este pasaje está en relación con el final del Evangelio en el que se nos dice que lo escrito en él es “para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida por medio de él” (20,31). Estos dos textos forman una gran inclusión: quienes creen en Jesús como el Hijo de Dios se descubren a sí mismos(as) como hijos(as) de Dios. Esto es lo que busca mostrar el Evangelio.

En el pasaje del bautismo de Jesús por Juan aparece la palabra *agua* dos veces (1,26.31). Aquí Juan proclama a Jesús formalmente como Hijo de Dios. Es el Hijo porque está ungido por el Espíritu (el Espíritu se posó sobre él) y porque puede darlo. Jesús es el Mesías, el Cristo, el ungido por el Espíritu, el capaz de entregarlo, el Hijo de Dios. Es lo que luego dirá el Evangelio: “Dobló la cabeza y entregó el espíritu” (19,30). El bautismo de Jesús por Juan nos remite al bautismo por Jesús, a la entrega del Espíritu por parte de Jesús. Es “la hora” a la

que se refiere Jesús en el Evangelio (12,23-28), el bautismo al que se refiere Jesús en el Evangelio de Lucas: “De un bautismo tengo que ser bautizado. ¡Y cómo me angustio hasta que se cumpla!” (Lc 12,50). Tal vez por eso se explique que el Evangelio dice que Jesús bautizaba (3,22.26), pero luego se corrige, y dice que eran sus discípulos los que bautizaban (4,2).

En el relato de las bodas de Caná se mencionan el *agua* y el *vino* repetidas veces (2,3.7.9.10). María le señala a Jesús que hace falta el vino. Jesús se refiere a María con las mismas palabras con las que lo hace cuando ésta se encuentra el pie de la cruz (2,4; 19,26). Hace de nuevo referencia a su hora (2,4). De la copa de las tinajas que Jesús manda llenar con agua el mayordomo bebe un vino delicioso. La fiesta continúa. Aquí el Evangelio pareciera estarnos sugiriendo que con Jesús se inaugura un cambio de época, un tiempo de fiesta, de boda, de alianza en el que abundan el vino y la alegría (“¿Pueden los invitados a la boda hacer ayuno mientras el novio está con ellos?” Lc 5,34). El texto nos remite a la crucifixión, a la hora de Jesús, a la boda del Cordero, sólo que aquí la compañera del agua será la sangre (19,34), y el novio, Jesús (“Alegrémonos, regocijémonos y demos gloria a Dios, porque ha llegado la boda del Cordero, y la novia está preparada” Ap 19,7).

En el diálogo con Nicodemo el Evangelio nos muestra en qué consiste el bautismo por Jesús: es con *agua* y Espíritu (3,5) y hace nacer de nuevo (como hijo[a] de Dios, como había apuntado ya antes, 1,12-13).

A continuación el Evangelio compara explícitamente el bautismo de Juan con el de Jesús. Aquí aparece el *agua* de nuevo (3,23). El bautismo pareciera necesitar agua abundante. El bautismo de Juan cede claramente ante el de Jesús. Recordemos que es Jesús, a diferencia de Juan, el que entrega el Espíritu (1,33;19,30).

En el encuentro de Jesús con la samaritana aparece de nuevo el *agua* (4,7.10.11.13-14.15). Aquí el Evangelio presenta a Jesús como el agua viva, como el agua que colma la sed, como el agua que una vez bebida se convierte en manantial en

quien la toma. La respuesta de la samaritana es de una creyente: “Señor, dame de esa agua” (4,15).

Jesús vuelve a Caná. Se mencionan nuevamente el *agua* y el *vino* (4,46). Aquí el Evangelio nos presenta a un funcionario real que le pide a Jesús por su hijo. Jesús le dice que su hijo vive. El funcionario cree. Ahí donde Jesús se reveló como el vino de la alegría se revela como fuente de sanidad.

Todo lo mostrado hasta ahora sobre Jesús es puesto a prueba en la escena de la curación del paralítico de Betesda. Aquí el tema es el del *agua* (5,3.4.7). El paralítico lleva 38 años tendido junto a la piscina de Betesda. Obviamente el agua de esa piscina no ha sido capaz de darle vida. Jesús le pregunta si quiere ser sanado. El paralítico vacila. Su confianza sigue estando en el agua de la piscina aunque no tenga oportunidad de ser sanado por ella, ya que no tiene a nadie que lo introduzca a ella rápidamente cuando es agitada por un ángel. Jesús le ordena que se levante, que tome su camilla y que ande. Él lo hace. Jesús se le revela al hombre que había sido paralítico como el agua que sana, como el agua que da vida. Con todo, el hombre no parece acabar de creer que Jesús es el agua viva. Después de un encuentro con los “judíos” que no creen en Jesús el hombre, se dirige al Templo. Jesús afirmó en el encuentro con la samaritana que a Dios no se le va a adorar ni en Samaria ni en Jerusalén, sino en Espíritu y verdad (4,21-24). No es de extrañar que Jesús le diga en un segundo encuentro que no vuelva a pecar, esto es, que crea en Él (16,9). El hombre, con todo, va y denuncia ante los “judíos” a Jesús como el hombre que lo ha hecho quebrar la ley. El Evangelio compara aquí dos aguas, una estancada que no da vida y otra viva, que da vida. Sin embargo, el hombre que ha sido sanado sigue depositando su confianza en el agua estancada. Es incapaz de creer en el agua viva que es Jesús. Esta escena pareciera ser una ilustración del diagnóstico que hace Jeremías de su pueblo: “Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen el agua” (Jr 2,13). En los márgenes del judaísmo una mujer samaritana y un funcionario real extranjero han creído en

Jesús como el agua que da vida. En cambio, en el centro del "judaísmo", Jesús no hace sino encontrar oposición por los suyos como ya había sido esbozado en el prólogo (1,11).

Frente a esta experiencia de rechazo por los suyos el Evangelio insiste en la comunión con Jesús, con su *sangre*, como fuente de vida verdadera (6,53.54.55.56). Los términos son crudos: "Les aseguro que si no comen la carne y beben la sangre del Hijo del Hombre, no tendrán vida en ustedes" (6,53). Pero es que el asunto es literalmente vital: se trata de la vida, y una vida por la que hay que optar. Así, a algunos este lenguaje les resulta "duro" (6,60), insoportable, de manera que "muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él" (6,66).

El Evangelio vuelve a retomar la imagen de Jesús como *agua viva* y la enfatiza: quien beba creyendo en Él de su agua "de sus entrañas brotarán ríos de agua viva" (7,38). Aquí el Evangelio retoma y profundiza la afirmación hecha por Jesús a la samaritana: "pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna" (4,14).

En la siguiente escena, el Evangelio caracteriza el *agua* de los ríos de agua viva como servicio (13,5). Porque Jesús es la fuente de la vida puede compartirla, es más, entregarla libre y generosamente (ver 10,18).

En la escena siguiente el Evangelio muestra a Jesús como sediento. Él que es la fuente del agua viva, ¿tiene sed? ¿Cómo puede ser esto? El Evangelio pareciera apuntar aquí al fundamento de la comunión con Jesús: es su propia comunión con nosotras y nosotros. En la cruz Jesús tiene sed. Le ofrecen *vinagre* (19,29). A Él que ofrece el agua viva, su vida en su sangre (Dt 12,23), le ofrecen vinagre. Pero lo más escandaloso es que Jesús lo toma (19,30). Jesús puede invitar a tomar su sangre porque Él ha tomado el vinagre que le fue ofrecido. A cambio del vinagre que se le ofrece, Jesús entrega el espíritu (19,30).

Una vez que Jesús ha entregado el espíritu, un soldado le atraviesa el costado con una lanza “y al instante salió *sangre y agua*” (19,34). Esta escena es la condensación de todas las escenas anteriores. Es aquí donde Jesús entrega su vida libremente, donde se da enteramente en servicio nuestro, al servicio de nuestra vida. Su costado abierto es la fuente del manantial que da vida eterna, es de su costado abierto de donde brotan los ríos de agua viva. Son la sangre y el agua que brotan de su costado atravesado las que calman nuestra sed. No es necesario construir cisternas ni piscinas para guardar el agua; su costado abierto es una fuente inagotable de ella. Ésta es la actualización de la visión de Ezequiel sobre el manantial que sale del Templo (Ez 47). Su herida es la que cura las nuestras (1Pe 2,24). La contemplación del que traspasaron es el lugar para la profesión de la fe (“Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”, Mc 15,39). Es con su sangre y su agua que somos bautizados(as), engendrados(as) como hijos e hijas de Dios (“Mi hijo(a) eres tú; yo te he engendrado hoy”, Sal 2,7). Es aquí que Jesús entrega el Espíritu (19,30) que perdona y capacita para perdonar (20,19-23). Por último, éste es el lugar de las bodas del Cordero, de la Nueva Alianza (“Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre”, 1Co 11,25), la que nos abre a una intimidad inimaginada porque es la comunidad de creyentes en general y cada uno(a) de los(as) creyentes en particular la novia y el Traspasado que vive, el novio.

En el epílogo del Evangelio se menciona una vez más el *agua* (21,7). Se trata del bautismo de Pedro. Creyendo que es Jesús quien se encuentra en la orilla Pedro se sumerge en el agua. Al salir se encuentra con Jesús. Pedro ha renacido del agua y del Espíritu (3,5). Le lleva el producto de la pesca que ha sido abundante. Jesús le confirma su amor, le insinúa el otro bautismo que le espera y lo llama. Es el comienzo de una vida nueva.

Una vez hecho este recorrido terminaremos haciendo algunas reflexiones sobre él. Pareciera que el tema del evangelio es la filiación divina: de Jesús (20,31) y de aquéllos(as) que crean en él (1,13). Esta filiación se lleva a cabo por el bautismo

de Jesús que es capaz de entregar el Espíritu (19,30) porque lo ha recibido (1,32). Por eso el bautismo de Juan cede ante el de Jesús (3,26.30). Jesús bautiza en la cruz, con el agua y la sangre que salen de su costado atravesado (19,34). Él es el que puede hacer que se nazca de nuevo (3,3-8). La samaritana (4,15.39), el funcionario real (4,53) y Pedro (21,7.19) han nacido de nuevo.

Jesús es fuente de sanación, como se muestra tanto en el hijo del funcionario (4,52) como en el paralítico (5,9). Con todo, hay una diferencia fundamental. Mientras que el funcionario extranjero en el margen del judaísmo cree, el paralítico judío curado en el centro del judaísmo, no cree. Además, de presentar a Jesús como fuente de sanación, el Evangelio trata el tema de la fe y de la incredulidad.

La sed “de Jesús”, tanto en sentido objetivo como subjetivo, es el tema del diálogo con la samaritana y del vinagre. La samaritana acaba teniendo sed de Jesús (4,15). Es vinagre lo que calma la sed de Jesús (19,29-30). Esta comunión que es tematizada aquí con el agua y el vinagre, es luego tratada con el tema de la sangre. Podemos tomar el agua y la sangre de Jesús porque él ha tomado nuestro vinagre. La comunión con Jesús está posibilitada por la comunión de Jesús con nosotros(as).

La forma de fluir de esta sangre y de esta agua es el servicio (13,5) y el perdón (20,19-23). Porque Jesús es la fuente de agua viva (4,14) puede dejar que corra con libertad. Porque Jesús es la fuente de la vida puede entregarla en servicio (10,18). Porque de su interior brota el Espíritu perdona y capacita para perdonar.

La relación de filiación con Dios como Padre (1,12-13) nos abre a una de “intimidad” (3,29) con Jesús en el Espíritu. Es la participación en la Pascua de Jesús: por eso, aunque “ahora somos hijos(as) de Dios” “aún no se ha manifestado lo que seremos” (1Jn 3,2).